

Utensilios y muebles en la vida del hombre

Las damas de la Cruz Roja de Bogotá organizaron una exposición histórica y artística de *mesas*: un pisolabis de Santafé, un piquete campestre, un té del Bogotá moderno, la mesa de un médico, la de un artista, la de una novia, la de una joven madre, la de una sacristía, etc. etc. El señor García Ortiz fue designado para abrir la exposición con algunas palabras y llenó su cometido como se publica, lo que ha permanecido inédito hasta hoy.

Las gentilísimas damas que supieron hallar, en su artístico ingenio y en su excelso corazón, la inspiración de esta empresa, encaminada como todas las suyas, al alivio y amparo de nuestros hermanos en desgracia, quisieron que fuera la voz obscura de un viejo servidor de la Cruz Roja, la que, en nombre de ellas, presentara afectuosa bienvenida al selecto concurso que exorna tan bellamente este salón de la Patria y la que expresara, a quienes acuden tan generosamente al reclamo caritativo, la viva gratitud de las benefactoras presentes y de los beneficiados ausentes.

Permitidme algunas consideraciones sobre la peregrina exposición que aquí nos congrega, tan ingeniosamente realizada.

Siendo el hombre un ente compuesto de materia y espíritu, es fácil comprender que su doble naturaleza se transmita en cierto modo a las cosas de que hace uso, y se refleje en ellas, tanto más cuanto más humano y directo sea ese contacto.

No quiero referirme ahora a los objetos materiales en los cuales el hombre ha querido consagrar la imagen, el emblema o el símbolo de una creencia, de un amor, de una virtud, tales como la Cruz del Redentor, la bandera de la Patria, el anillo de la promesa, el azahar de la novia, el bastón del mandatario, la espuela del caballero, la espada del honor, el laurel de la victoria.

Quiero referirme tan sólo a los objetos de uso ordinario e inmediato del hombre, que se impregnan de su naturaleza, de su carácter y de su destino, que se ennoblecen o se degradan, adaptándose a quien los usa o a la función que se les impone.

Al considerar estas cosas, lo primero que viene a la mente es la habitación humana, la casa del hombre.

Toda personalidad va convirtiendo su habitáculo en emanación propia, en concreción de su alma, como la tortuga su concha.

La percepción de este fenómeno de extensión de la persona humana es lo que percató nuestro Vergara y Vergara, al escribir su espiritual y significativo artículo "El Lenguaje de las Casas".

Es lo mismo que percataron Balzac y Dickens, en sus descripciones de interiores burgueses.

Es lo mismo que registró e inventarió la visión zoológica de Emilio Zola en la pocilga de la bestia humana.

Es lo mismo que, la visión del misterio, super-aguda en Edgardo Poe, le permitió advertir en el tenebroso, en el enigmático aspecto del Castillo de Usher.

Es el filón que ahora explota con tan afortunado y merecido éxito el penetrante escritor francés Eduardo Estaunié.

Es lo que nosotros mismos podemos experimentar en esta cara ciudad, al penetrar en el Palacio colonial que fue del marqués de San Jorge. No solamente allí nos envuelve el ambiente de una época desaparecida, sino que respiramos, casi físicamente, el perfume impregnado en esa mansión señorial por las excelsas virtudes que en ella han vivido.

Después de la casa, por ignorada asociación de ideas, la imagen de la urna viene a la mente. Ella ha acompañado al hombre en todas las épocas de su vida histórica, íntima y noblemente asociada a las peripecias de esa vida, por lo cual ha venido a ser materia de arte y poesía.

Según definición, la urna es un vaso, una arca, un cofre, destinado para guardar, para custodiar cosas preciosas o de cuidado.

¡Qué bella cuando fue esculpida por Fidias y en sus flancos ostenta los perfiles puros del ideal helénico!

¡Qué valiosa cuando es depositaria de joyas, caudales y títulos!

¡Qué santa cuando guarda las reliquias de un mártir o los restos de nuestra madre!

¡Qué importante y trascendente cuando de su seno surge neta y pura la voluntad soberana de la nación!

¡Qué degradada y nociva cuando se convierte en la caja de prestidigitación de un gamcnal, de un politicastro titiritero!

¡Qué evocadora en el maravilloso poema de Keats!

Después de la urna veamos la copa.

Sin duda que la primera copa del hombre fue una concha: ella le ayudaba a la satisfacción de la necesidad más urgente, llevándole agua fresca a la boca sedienta. Cuando el hombre encontró en el vino el descanso, el estímulo y el olvido, la copa fue fuente de alegría y el centro del festín cavernario. Principió a ser lazo de unión, y luego símbolo de sociabilidad. Por esto, seguramente, ella fue el primer utensilio que él quiso ennoblecer y en el cual se ensayó el artificio y la ornamentación.

Ahí principió la evolución del más humano y simbólico de los utensilios. No debe extrañarse si ya en las civilizaciones egipcia, babilónica, etrusca y helénica, es objeto primordial de arte y el signo del triunfo. No debe extrañarse si, desde la Biblia y Homero, hasta Musset y Sully-Prudhomme, hace figura emblemática y llena función social y religiosa.

Más como todo símbolo integral de la vida humana, en toda su extensión y en todas sus faces, la copa es excelsa o vil:

Ya es la ancha copa de bronce, en la que los poderes conservadores de Atenas le hicieron beber la cicuta a Sócrates, para enmudecer en sus labios la voz de la sabiduría;

Ya es la leve y transparente copa de cristal de Baccarat, desbordante del espumoso champaña que enloquece, y cuyo borde quiebran los dientes de la cortesana en el espasmo de la orgía;

Ya es el sublime cáliz de oro y gemas, que contiene el licor divino, la sangre de redención que, a quien la bebe en espíritu y en verdad, le hace abandonar para siempre el concepto de la fuerza y la violencia, para acoger el del amor y el perdón.

Vamos a la mesa.

¡Alguna vez nos hemos detenido a meditar que sobre ese mueble, tan estrechamente vinculado al hombre, se ini-

cian, se combinan y se desarrollan las principales actividades humanas?

En esta época, que ya no gusta de los homicidas banquetes romanos, ni de los festines pantagruélicos, ni de las comilonas monstruosas pintadas por holandeses y flamencos, ni de los peligrosos convites Borgias del Renacimiento italiano, ni de las escandalosas cenas de la Regencia francesa, en esta época que alcanzamos, digo, en largas mesas, cubiertas de adamascados o ricamente bordados manteles, tapizadas de orquídeas o de rosas, exornadas de frutas raras o exóticas, entre la más fina y decorada porcelana, el cristal tallado y los cubiertos y las fuentes de plata, a una luz tamizada, de tintes discretos, y por obra de un servicio estricto y silencioso, sin afán ni atropello se desarrolla un banquete, en apariencia corto y sencillo, en realidad de exquisito y velado refinamiento. Ahí la mesa desempeña una de sus más importantes funciones humanas y sociales. En torno de ella se sientan los hombres de Estado, a buscar el acuerdo de los propósitos políticos; en torno de ella se congregan las altas Corporaciones científicas, literarias o filantrópicas, para concertar o consagrar sus labores; en torno de ella se reúnen los familiares y amigos, a celebrar los fastos domésticos, para mantener vivo el fuego sagrado del hogar y estrechos los lazos de la amistad.

En torno de otra mesa larga y maciza, cubierta de pesada carpeta roja, se sientan los Jefes de Estado, acompañados de sus Ministros; allí se consultan y se resuelven los trascendentales negocios públicos, que afectan la vida de todos, y allí se desata la guerra o se declara la paz entre las naciones.

En una mesa histórica y esculpida, en los Palacios de las Cancillerías, los Plenipotenciarios de los países firman los tratados internacionales, que determinan los lindes de los pueblos y abren los caminos del comercio.

Sobre mesas portátiles o improvisadas, bajo una tolda de campaña, extendieron Napoleón y Bolívar las cartas geográficas de uno y otro Continente, y allí cambiaron el mapa de las naciones.

En la mesa de su gabinete, Newton pesa los astros y determina su ruta en el espacio infinito.

En la mesa de su taller, Edison aprisiona y subyuga la

electricidad, y con ello cambia la faz del mundo y las condiciones de la vida humana.

En una mesa florentina del siglo XIII escribió Dante su "Divina Comedia", poema en que encarnó e integró el alma humana de la Edad Media, o sea la singular y extraña combinación de lo que restaba del espíritu clásico-romano con el temperamento vigoroso y primitivo del bárbaro, unido y modificado aquéllo y éste por el concepto cristiano.

En una mesa de madera ordinaria, la de una prisión, escribió Cervantes el libro peregrino e inmortal, trágico-comedia sublime que hace reír y llorar, en la cual, en lengua maravillosa, enfrentó el ideal con la realidad, el espíritu con la materia, la poesía con la prosa de la vida.

En una pesada mesa inglesa, coetánea de aquella española, Shakespeare, el mayor creador de gentes de tejas para abajo, dio vida a las más fuertes y auténticas encarnaciones de los caracteres y pasiones humanas.

En sendas mesas, sin duda sencillas y humildes, con un tintero y una pluma, Bernardino de Saint-Pierre, Chateaubriand, Goethe, Lamartine y Jorge Isaacs, dieron cuerpo a Pablo y Virginia, Atala y René, Werther, Graciela y María, donde se descubrieron las fuentes más íntimas y sinceras del puro sentimiento, que perdurarán inagotables mientras haya lágrimas en el mundo y mientras haya adolescentes que sepan sentarse a una mesa de lectura.

En dos mesas, ahora aquí mismo aderezadas con encantadora realidad, quiso la imaginación elegante y sutil de José Asunción Silva, caracterizar las dos fases, eternas y poéticas, de la mujer: la novia y la madre.

Pero las hay que no son buenas: una de carpeta verde, compromete la honra, aniquila la riqueza, destruye el hogar, quita el pan a los hijos y mata el tiempo, el tiempo que es el tesoro, el lujo y el instrumento poderoso del hombre, al amonedarlo y convertirlo en elemento de producción, de instrucción y de progreso moral. Ante esa mesa viciosa, el hombre pierde su activa virilidad, su dominio voluntario y consciente de los sucesos y de las cosas, para entregarse desarmado a las procelosas contingencias del azar, en la obligada compañía del tramposo solapado, del sablista impúdico, del petardista mañero y del chistoso barato, bichos que pululan en torno de las mesas verdes y entre las clases ociosas. Allí la mujer pierde su fina idiosincrasia femenina, el exquisito perfume de su naturaleza ingénita, el domina-

dor atractivo de su sexo, el señorío de su hogar, su lámpara estudiosa, sus horas sacras de caricias y de oración, hasta convertirse en el ente neutro y amoral, de avideces y cálculos repugnantes, expuesto a contactos y roces ambiguos en los *tripots* cosmopolitas o en los salones de Montecarlo.

En una obscura mesa de taberna, en cuyo tablero navajas innobles dejaron nombres, palabras y signos pornográficos, groseramente esculpidos, entre las manchas de grasa y de licor, ante dos vasos varias veces llenados y vaciados, dos hombres de mirada cínica, de codos sobre la mesa, de manos hechas para toda abominación, de dedos gruesos, nudosos, de yemas aplanadas y cuadrangulares, hablan paso, con frases entrecortadas. La noche de ese día, una quinta cercana fue asaltada, con fractura, robo y tentativa de asesinato. Parece que la mesa, manchada y sucia, fue cómplice del atentado.

Al día siguiente, en esa misma quinta del suceso, una mesa impoluta del hogar, se prestó a que sobre ella descansase una ara litúrgica; a ser cubierta de paños inmaculados, de lirios blancos y de cirios encendidos; a que sobre ella un Cristo adolorido abriera sus brazos, mientras el rito secular, entre nubes de incienso, elevaba al cielo una acción de gracias.

La mesa es, pues, una necesaria e ineludible extensión humana, compañera fiel del hombre. Desgraciadamente adolece de congénita debilidad de carácter, lo que es causa de que se pliegue siempre, en bien o en mal, a la voluntad de su dueño, legítimo o supuesto, permanente o temporal.

Vosotras, gentilísimas y excelentísimas damas, habéis reunido aquí todas las mesas nobles, de buena procedencia. Como dispusisteis de mí, dispusisteis de ellas. Ellas, sin duda, más manuales, más dóciles, más obedientes, mejor enseñadas, cumplirán mejor que yo el benéfico empeño que hoy les habéis encomendado, en busca de socorros y auxilios. Ellas os darán algo más cierto y sustancioso para vuestros protegidos, que estas vacuas e insustanciales palabras.

LAUREANO GARCIA ORTIZ.